

RODOLFO DASSEN

1899-1953

La Medicina Argentina, con la muerte de Rodolfo Dassen, ha perdido uno de sus astros más luminosos e indiscutido. En una época donde resulta poco menos que imposible mantenerse al día en la producción científica de una sola especialidad, Dassen con su mentalidad privilegiada y su consagración absoluta, al Hospital y a la Biblioteca, pudo llegar a ser un clínico general, capaz de discutir, mano a mano, con el endocrinólogo, los detalles de diagnóstico y tratamiento de un enfermo de su especialidad, y luego pasando a la cama siguiente hacer lo propio con tanta profundidad con el neurólogo, el hematólogo o el cardiólogo.

Asimismo en sus clases, trabajos y libros, abordaba los más diferentes capítulos de la Medicina Interna con idéntico entusiasmo y competencia. No puede decirse que los temas cardiovasculares fueran los de su preferencia, pero la seriedad de sus trabajos sobre ellos, ha movido a la Dirección de la Revista Argentina de Cardiología, de la cual fuera Redactor, a dedicarle este homenaje a su memoria.

El análisis de la obra de Dassen, aunque fuera breve, no cabe en el margen de esta oportunidad. Será forzoso, limitarse a recordar a grandes rasgos su personalidad — médica y moral.

Por su sagacidad de clínico, su consagración al trabajo y su erudición extraordinaria constituía realmente una figura médica excepcional. Desde luego, sin pretender hacer comparaciones, surgen a mi mente los nombres de Jiménez Díaz y de Christian.

El vigor de su cerebro y su afición al estudio, los manifestó desde niño, obteniendo, al terminar sus estudios secundarios y universitarios, sendas medallas de oro por ser el alumno sobresaliente. Al completar su internado en el Hospital de Clínicas, ingresa como médico agregado al servicio del Profesor Castex y luego al del Profesor David Speroni. Muy pronto el nombre del joven profesional, comienza a correr de boca en boca entre los estudiantes, internos y médicos del Hospital. Se lo recuerda y se lo busca como clínico de diagnóstico certero y se comenta su información bibliográfica, por lejos muy fuera de lo común. Dominaba el francés, el inglés y el

alemán y leía con facilidad el italiano y el portugués; pero en su afán de que no se le escapasen las novedades viniesen de donde fuera, ya cuarentón estudia y aprende el idioma ruso. Dotado de una memoria portentosa, se constituyó en el diccionario o libro de consulta viviente de todo el Hospital. Los practicantes y médicos jóvenes con el espíritu de broma que suele caracterizarlos, estaban siempre a la pesca de un síndrome, signo o medicamento nuevo, para intentar ponerlo en apuros a Dassen. Cuando alguien se atrevía a discutirle su aseveración se ponía todo colorado y se callaba, pero al día siguiente se lo veía llegar al Hospital con el libro o la revista correspondiente para demostrar que no se había equivocado.

En el año 1931, era ya tan sólido el prestigio del joven doctor Dassen, que el autor de estas líneas, al llegar a la Cátedra Titular de Semiología y Clínica Propedéutica, sin conocerlo personalmente, le ofrece la Jefatura de Clínica. Dassen tenía tan débil salud física como robusta su mente, su carácter y su voluntad. Una dispepsia crónica y episodios severos de taquicardia paroxística lo molestaban y preocupaban de continuo. Sin embargo, en los 21 años de desempeño de la Jefatura clínica, solo en muy contados días, pero muy contados, dejó de llegar de los primeros al Hospital. Para él, no habían días de fiesta, así fuese Navidad o primero de año. Sus enfermos del Hospital lo atraían con fuerza irresistible, haciéndole olvidar sus quebrantos de salud. En cambio, poco le agradaba el ejercicio privado de la profesión. Se limitaba a asistir amigos, colegas y familiares de colegas; los honorarios no lo preocupaban. Para él, la medicina era su motivo de vivir y no su profesión.

Como no tenía hijos y su mujer fué siempre la compañera más abnegada, no tenía mayores gastos pues su vida se deslizaba entre el Hospital y su biblioteca. Sus momentos de esparcimiento se reducían a la media hora que pasaba todos los días a la salida del Hospital en la librería El Ateneo, hurgando libros y revistas y otra media hora, por la noche, en que, empuñando su violín, refrescaba su espíritu y estiraba sus músculos con las sonatas de Bach. Su fiesta, su gran fiesta, eran los lunes de la Wagneriana.

Dassen, además de clínico y erudito, fué un gran profesor, un verdadero maestro. Formó una Escuela y ha dejado discípulos, algunos de ellos ya profesores, como Fongi, Fustinoni y Rospide y una cantidad de médicos jóvenes que no se consuelan de la pérdida de su maestro. Su curso libre de Clínica Médica de los miércoles, llegó a

ser clásico en el Hospital. En los veinte y tantos años que lo dictó, nunca necesitó anuncios o propaganda en las revistas médicas o en los diarios. Su dominio de la clínica, la agudeza de sus juicios críticos y la eficacia práctica de sus enseñanzas, le aseguraban auditorios desbordantes y calificados. No obstante su fama y sus merecimientos, Dassen llegó bastante tarde a la cátedra oficial. En la que podríamos calificar de época de oro de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, cuando sus maestros se llamaban Aráoz Alfaro, Houssay, Castex, Escudero, Arce, Chutro, Bonorino Udaondo y tantos otros de parecidos quilates, también se cometían algunas injusticias en la selección de los profesores. Es cierto que casi siempre, tarde o temprano se reparaban. Una de esas injusticias le tocó sufrir a Dassen. Fué tan grosera que resolvió no presentarse más a concurso. No hubo pues posibilidades de reparación. Pasaron los años y ocurrió entonces lo insólito. La fama de Dassen había crecido tanto que los Profesores Titulares de la Facultad y Jefes de Servicio del Hospital de Clínicas, se presentaron en los últimos años al H. Consejo Directivo, solicitando su designación como Profesor de Clínica Médica "honoris causa". Y el H. Consejo Directivo y la Universidad, en un gesto que los honra, así lo hicieron.

Poco después de los 54 años de edad, cuando más cabía esperar de su madura experiencia, cayó fulminado por una trombosis de la carótida interna izquierda mientras hacía su habitual selección bibliográfica en "El Ateneo".

Pero si excepcional fué la figura médica de Dassen, su contextura moral no le iba en zaga, tal cual corresponde a un verdadero maestro. Sus firmes convicciones sociales y democráticas como su estima de la dignidad personal le impedían tolerar en silencio lo que a su entender, representase un atentado a la libertad, a la justicia o la verdad. Con franqueza ruda y valiente, en sus clases, libros y conversaciones, dejaba conocer sus juicios y sentimientos, con el consiguiente sacrificio de sus posibilidades particulares.

Con un exterior demasiado severo, hosco, Dassen disimulaba una intimidad afectiva, de esa exquisita sensibilidad, de que sólo son capaces los médicos y los artistas. Y eso fué Dassen, un médico y un artista.

Tiburcio Padilla.